

Un nuevo Don Quijote.

Alfonso Mateo-Sagasta

Dentro de lo que fija la tradición académica, no es fácil diferenciar qué nos enseñó Cervantes, cuál es su influencia y su presencia en la literatura actual y qué debemos a los cervantistas.

Cuando alguien abre el *Quijote* por primera vez, lo hace con 400 años de lectores a sus espaldas, lectores de la más diversa procedencia geográfica y cultural que, de un modo u otro, condicionan su lectura. Y en nuestro caso, españoles, aún más. Dicen que *El Quijote* es nuestro texto fundacional, aquel que refleja el alma de la cultura española, un crisol donde se funden altruismo, generosidad, dualismo extremo entre realismo e idealismo, caballerosidad, melancolía... Porque don Quijote muere de melancolía. Pero lo que de verdad trasciende de esa heterogénea masa de valores es que el retrato del alma española es un viejo hidalgo cansado con las armas teñidas de orín. Al menos así lo veían Unamuno y Azorín, artífices fundamentales de nuestra visión literaria de esa España triste que bebe las heces de una larga y tediosa decadencia.

Pero dudo que esa fuera la visión que Cervantes tenía de su mundo, ni mucho menos. Por mucho que haya quien lo desee, la Monarquía Hispánica del siglo XVII no es la España que describe Unamuno. Pienso que *El Quijote* no tuvo tanto éxito por ser un dramático reflejo de la triste realidad, sino porque era una fantasía divertida y diferente de todo lo visto hasta el momento y hacía soñar, creaba un mundo nuevo que apetecía conocer. ¿Es acaso Torrente, el personaje de Santiago Segura, prototipo del español del siglo XXI? No creo que nadie defienda semejante cosa, aunque muchos de los rasgos del personaje son reconocibles para una inmensa mayoría, lo que sirve para reforzar la parodia. Pero su éxito popular, y eso creo que es lo importante, no se debe a que la gente se identifique con él. Algo parecido pasó con el lazarillo de Tormes, con el Guzmán de Alfarache o con Sancho y don Quijote. Son personajes, no la realidad. Si las novelas picarescas tenían éxito, no era porque España fuera un país de pícaros, sino quizás por todo lo contrario.

Pero vuelvo a la idea de la decadencia, que dicen que retrata y lamenta Cervantes. Decadencia, ¿respecto a qué? ¿Acaso un hombre de 1616 pensaba que el Imperio de la Monarquía Hispánica había concluido? ¿Piensa un estadounidense de principios del siglo XXI que su tiempo ha terminado?

Desde que Cánovas del Castillo acuñara la división de Austrias mayores, para definir a Carlos I y Felipe II, y menores, para referirse a Felipe III, Felipe IV y Carlos II, se ha narrado la Historia de España como una larga y pesada decadencia que abarca casi cuatro siglos. Nosotros llevamos ocho años de crisis y nos parece un infierno, imagínense cuatrocientos. Sin embargo, seguimos aceptándolo con normalidad. Pasamos de la gloria nacional, de aquellos tercios que no conocían derrota, a la tan cacareada decadencia que culminaría con el desastre de 1898, la pérdida definitiva del Imperio de ultramar. Lo que no he acabado nunca de entender de ese relato es por qué la guerra duró más de sesenta años, si nuestros tercios eran invencibles. Y sobre todo, por qué Felipe II, que mantuvo una guerra constante en todos los frentes, se declaró tres veces en bancarrota e hipotecó el futuro de sus reinos, es un rey "mayor", mientras que su hijo, que logró un periodo inimaginable de paz sin perder ni uno sólo de sus territorios, es "menor".

Aceptemos que la historia no es más que una narración coherente de unos hechos que, en realidad, son imposibles de aprehender, y en el relato que forjaron los historiadores del siglo XIX y principios del XX a Felipe III no le tocó un buen papel. Pero es importante destacar que los textos de la época no destilan esa sensación de hundimiento de la Monarquía, y aunque es verdad que no faltaron voces críticas, no fueron más numerosas que durante el gobierno de sus antecesores.

Es cierto que al final del reinado de Felipe II la Monarquía Hispánica estaba sumida en graves problemas: una reciente bancarrota, peste en los puertos del norte, dramático descenso demográfico, abandono de los campos... Pero, ¿acaso estaban mejor sus vecinos? ¿Qué impresión se llevó Cervantes a la tumba? Y más importante aún: ¿qué pensaba mientras escribía? Pues bien: Francia, arruinada y sumida en una guerra civil tras la muerte de Enrique IV, buscaba una alianza desesperada con los Austrias españoles, que se materializó en una doble boda real. En el Mediterráneo se había logrado un equilibrio con el Imperio Otomano mientras se financiaba secretamente a los persas, continuaba el conflicto con Venecia -ahogada entre dos fuegos por los piratas uscoques y la beligerancia del duque de Osuna- y se mantenía una guerra abierta con los piratas berberiscos, medio abandonados ya por la Sagrada Puerta. Con las diecisiete provincias, exhaustas también tras tantos años de guerra, se había firmado una tregua y aún no estaba claro qué resultado tendría al final la idea de nombrar gobernadores a los príncipes Isabel Clara Eugenia y a su esposo Alberto. Por su parte, Jacobo I, rey de Inglaterra, corrió a firmar la paz con Felipe III en cuanto murió la reina Isabel, para

tapar la hemorragia que la política belicista de la reina virgen había abierto en las arcas reales. Todos, todos, tenían graves problemas económicos y sociales, empezando por los Austrias orientales, que no hacían más que pedir dinero y ayuda a los de Madrid para sostener el Imperio y defenderse de protestantes y musulmanes. En definitiva, la crisis no era patrimonio exclusivo de la Monarquía Hispánica y, por supuesto, ningún súbdito del rey Felipe III pensaba que estuviera al borde del abismo.

¿Y Cervantes? ¿Era el hombre triste y amargado, injustamente castigado por la vida que nos ha legado la tradición?

Pienso que su biografía corre la misma suerte que el relato histórico de su tiempo. Nos han enseñado que fue un hombre desafortunado, que tuvo que huir de Madrid, que quedó manco en Lepanto, que fue apresado por los piratas berberiscos cuando volvía a la Corte en busca de una patente de capitán, que estuvo preso en Argel cuatro años porque lo tomaron por un preso de valor, que fracasó en otros tantos intentos de fuga, que ya en España se le prohibió ir a América, que ingresó en la cárcel varias veces por diferentes motivos y que murió pobre y abandonado. Nada de eso es mentira. Como tampoco lo es que al huir se libró de que le amputaran la mano derecha por herir a Antonio de Sigura, que sobrevivió a una batalla en la que perdieron la vida más de treinta mil hombres, que el ser tomado por "hombre grave", o preso de valor, le sirvió para librarse de acabar como galeote en los barcos del gran turco y de morir ejecutado -como algunos de sus cómplices, tras los reiterados intentos de fuga-, que le concedieron mercedes y puestos dignos para trabajar en la Península al servicio del rey, y que al final de su vida gozó del favor y reconocimiento del público y de la ayuda económica de al menos el Arzobispo de Toledo y del conde de Lemos.

Creo, pues, necesario encontrar un tono diferente para narrar la historia de la Monarquía Hispánica del siglo XVII -camino que ya creo iniciado por autores como Paul Allen, Alfredo Alvar, Manuel Rivero, Santiago Martínez, Antonio Ferós, Patrick Williams...- , y en particular la biografía de Cervantes. A este respecto, es una buena noticia el minucioso trabajo que está llevando a cabo José Manuel Lucía.

Por mi parte, he escrito una novela titulada *Ladrones de tinta*, que trata de la búsqueda de Alonso Fernández de Avellaneda, autor del *Quijote* apócrifo. La escribí partiendo de dos premisas: la primera, retratar un mundo donde alguien sonrió al menos una vez en cuatrocientos años; y la segunda, que el texto de Isidoro Montemayor, protagonista y narrador fingido de la obra, entrara a formar parte de los precursores no sólo de *El diablo cojuelo*, de *Fuenteovejuna*, del *Don Juan* o de *Los Cigarrales de*

Toledo, sino de la misma segunda parte de *El Ingenioso caballero don Quijote de la Mancha*.

En el relato *Kafka y sus precursores*, incluido en el volumen *Otras inquisiciones*, Jorge Luis Borges plantea la paradoja de que cada escritor "crea" a sus precursores, es decir, que la obra de cada uno modifica nuestra concepción del pasado haciéndonos ver detalles que, de otro modo, habrían pasado desapercibidos. En el caso de Kafka, tres de esos precedentes serían la paradoja de Zenón, Han Yu y la literatura china y las parábolas religiosas de Kierkegaard. Pero lo interesante es que sin Kafka no habría precedentes de Kafka, y el papel de esas obras en la historia de la literatura ocuparían un lugar diferente. En definitiva, es otra forma de plantear que un texto no se escribe una vez, sino que se reescribe con cada lectura.

Como dice Borges, la idea de "precursor" implica una lógica lineal, se le llama así a alguien o algo que precede a otro, alguien cuyas ideas abren el camino a los que le siguen, y *Ladrones de tinta* intenta dar una vuelta de tuerca al argumento borgiano al convertir un texto del siglo XXI en oculto precursor de algunas de las obras maestras de nuestro Siglo de Oro. En definitiva, lo que propongo es un juego, porque pienso que Cervantes, ante todo, lo que nos ha enseñado es a jugar.